

LA GUERRA EUROPEA

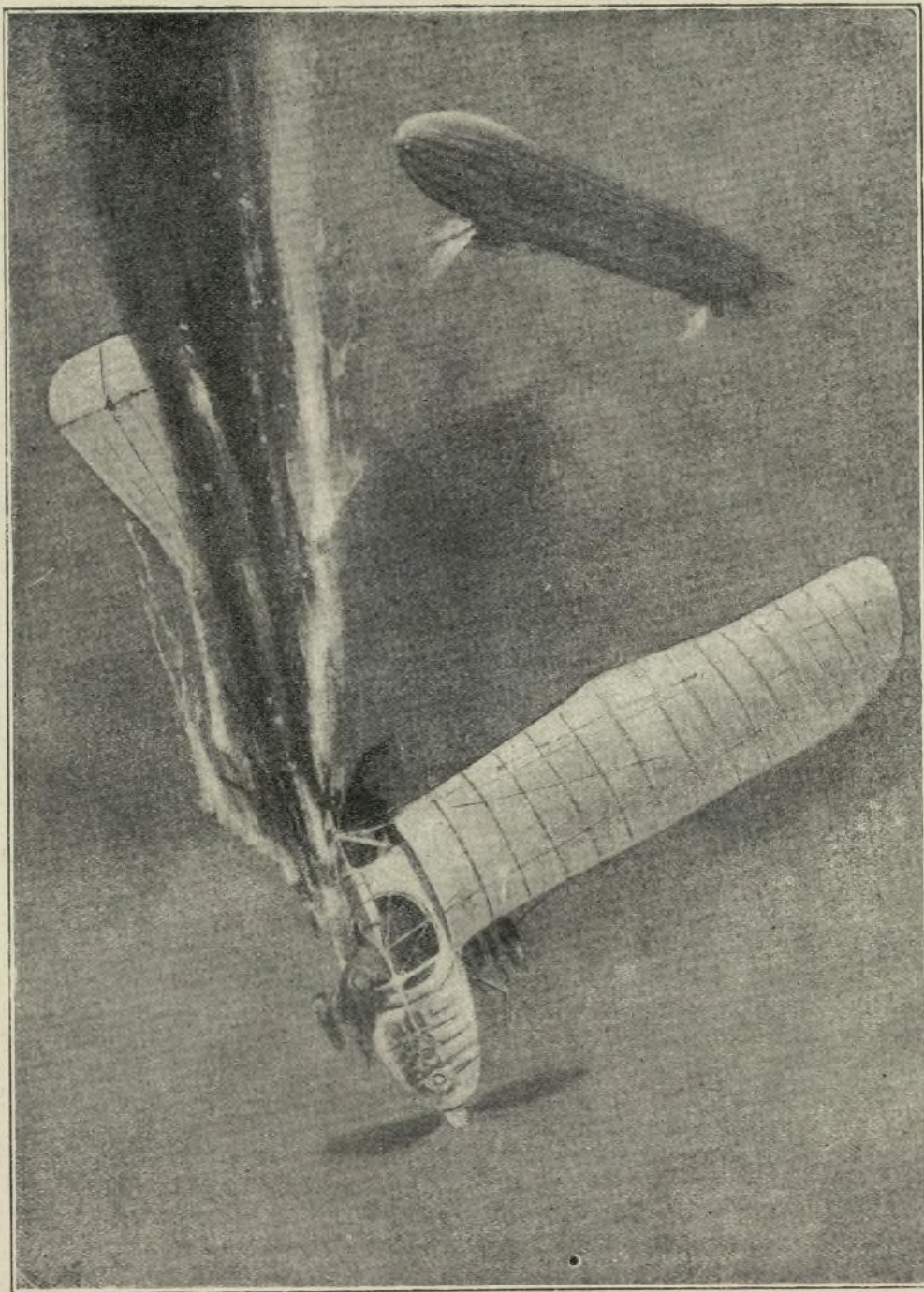


L. BRU
NET
LONDRES



LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 18.—BARCELONA 12 DE NOVIEMBRE DE 1914



Un aeroplano acorazado inglés, destruído por un zeppelin (dibujo de Hans Bohrdt)

LA BATALLA DE TANNENBERG Y SUS PRELIMINARES

por el Dr. Kurt Floericke

Cuando un Estado se ve precisado a sostener una guerra sobre dos frentes, no le queda otro remedio que lanzarse, desde luego, con todas las fuerzas contra el enemigo más peligroso, con el objeto de deshacerse de él lo más rápidamente posible, mientras se ha permanecido a la defensiva contra el otro. En esta situación nos encontramos al principiar la guerra universal. No podía dudarse de que nuestro primer golpe había de dirigirse contra el corazón de Francia, y de que debíamos procurar vencer a esta nación, antes de que las masas rusas pudieran intervenir decisivamente en el curso de los acontecimientos. Estos cálculos resultaron, sin embargo, erróneos, por cuanto el despliegue estratégico de los rusos se verificó varias semanas antes de lo que habíamos supuesto, ya que Rusia había aprovechado los vastos preparativos efectuados en tiempo de paz, sin que de ellos tuviéramos nosotros el menor conocimiento. Los débiles cuerpos de tropas que habíamos establecido en la frontera del E. permanecieron así a la expectativa, después de apoderarse de las vías férreas de mayor importancia estratégica (Ribarty-Wirballen, Mlawa, Alexandrowo, Kalisch, Czenstochau) abriendo la comunicación al S. con los austriacos que avanzaban desde Crakovia al interior de Polonia. Mientras que en esta última región, que los rusos habían evacuado hasta el Vístula, sin combate, sólo hubo insignificantes escaramuzas, las masas de caballería trataron de invadir la Prusia oriental, siendo sin embargo rechazadas con grandes pérdidas. Muy descalabradas salieron estas fuerzas enemigas en Bialla, el 8 de agosto, donde dejaron 8 cañones en poder de los reservistas prusianos, y sobre todo en Soldau, algunos días después. Allí había solamente algunos escuadrones de dragones de Lituania con un grupo de ametralladoras, cuando apareció una división completa de caballería rusa. En cuanto los rusos divisaron los pocos ginetes que tenían delante se dispusieron a cargar, seguros de la victoria. En orden correctísimo se aproximó la primera brigada, mientras que la segunda seguía al trote como sostén. Nuestro dragones hicieron ademán de resistir la carga, avanzando hacia el enemigo con lanzas enristradas, y cuando parecía irremediable el choque entre la pequeña y la gran masa de caballería, los alemanes, a un toque de clarín, despejaron de repente a derecha e izquierda el campo de tiro de las ametralladoras, ocultas a retaguardia, cuyo efecto, tan a corta distancia, fué realmente espantoso. En dos minutos aquella arrogante brigada de caballería rusa quedó convertida en montones sangrientos de caballos y cuerpos humanos destrozados. Entonces conversaron de nuevo nuestros dragones para acuchillar lo que no había caído bajo nuestras balas. La segunda brigada se dispersó rápidamente a retaguardia, cuando vió la espantosa derrota de la primera. Escapando hacia el Este, encontró, al Sur de Neidenburg, un batallón de landsturm, cuyos fuegos le ocasionaron sensibles bajas. Estas expresivas lecciones desvanecieron en la caballería rusa su afán

emprendedor, y quedó conjurada la invasión de la Prusia oriental que se propusieron las divisiones de caballería cosaca, con el intento de cortar nuestras comunicaciones y estorbar nuestra concentración.

A mediados de agosto fué haciéndose cada vez más perceptible la aproximación de fuertes cuerpos de ejército rusos, obligando al repliegue de nuestras vanguardias. Los reconocimientos practicados revelaron que dos grandes ejércitos rusos se disponían a un ataque envolvente contra la Prusia oriental; uno de ellos, mandando por el general Rennenkampf (cuerpos 2º, 3º, 4º y 20º) desde el Este por Wirballen Insterburg y Königsberg; el otro a las órdenes del general Shilinski (cuerpos 1º, 6º, 8º, 15º, 23º y tres divisiones de caballería) desde el S. por Lomza-Mlawa contra Allenstein. Evidentemente, los defensores de la provincia debían quedar así atenazados y destruidos, para proceder después al sitio de Königsberg y de las plazas del Vístula, cuya conquista permitiría la invasión general contra Berlín. De la incumbencia del general von Hindenburg, que mandaba en la Prusia oriental, era el desbaratar estos planes, cual misión no resultó nada fácil teniendo en cuenta que la provincia, por su posición avanzada y su forma alargada, se prestaba muy poco a la defensa. Ciertamente que el general en jefe alemán tenía en su favor la ventaja de la *línea interior* que, con ayuda del ferrocarril Allenstein-Insterburg y, cuando éste fué cortado, con la línea Königsberg-Alenstein, le permitía desplazar rápidamente sus tropas en frente de las masas rusas, operativamente separadas, y así tenía la facultad de aparecer por sorpresa y con grandes fuerzas en los puntos decisivos. Esta ventaja supo utilizarla a la perfección el general von Hindenburg, ascendido a coronel general por la gran victoria de Tannenberg. Favorecía mucho sus propósitos la exaltación furiosa del soldado alemán, ante los procedimientos bárbaros de los rusos que, sin piedad alguna y con un metodismo estudiado, incendiaban y arrasaban pueblos enteros, para convertir el país en un desierto.

Parece que contra el ejército de Rennenkampf, que avanzaba lenta, pero seguramente, sólo podía oponerse, por de pronto, el primer cuerpo de ejército, el cual después de los empeñados combates en la línea del Angerapp, había sido reforzado con tropas de los cuerpos de la Prusia occidental y con guarniciones de las plazas, disponiendo también de cañones y obuses de grueso calibre, sacados de Königsberg y Pillau. En Stallupönen, el 17 de agosto, abordó por primera vez la oleada rusa y con tal ímpetu que no sólo se mantuvo en el campo de batalla contra una gran superioridad numérica, sino que hasta hizo 3.000 prisioneros. Tuvo, sin embargo, que retirarse a la línea del Angerapp, al aproximarse refuerzos rusos que amenazaron envolver y aplastar al cuerpo prusiano. La línea del Angerapp, entre Gumbinnen, Durkehmen y Angerburg, es decir, la posición entre el ferrocarril del Este y el lago Mauer, era considerada, desde mucho tiempo atrás, como la mejor lí-

nea defensiva contra la invasión de un enemigo que desde el Este avanzara en dirección de la capital de la Prusia oriental, porque el valle del Angerapp, profundamente encauzado, estrecho y muy sinuoso, ofrece en la dominante orilla izquierda posiciones soberbias que, no solamente brindan a la defensiva, sino que también favorecen los golpes ofensivos audaces.

Contra esta posición, reforzada con atrinchamientos, tronó el cañón ruso en los días 20 y 21 de agosto. Con tenacidad férrea soportaron nuestras tropas en sus abrigos la tremenda lluvia de granadas, a pesar de ir creciendo de hora en hora el número de bajas. Cuando la situación se hacía insostenible, un ataque brusco proporcionaba algún alivio, y en estas acometidas cedían terreno los rusos y perdían centenares de prisioneros. Pero también los rusos daban asaltos aquí y allá, sin hacer caso de las terribles bajas que les producía el fuego de los alemanes. Nuevas masas llenaban los intervalos abiertos para continuar sin interrupción el avance, aprovechando hábilmente los abrigos del terreno; y muchos jefes alemanes se preguntaban con asombro: ¿pero son éstos los despreciados rusos de la guerra japonesa? En algunos sitios llegó el enemigo a las alambradas, pero el fuego de las ametralladoras, a corta distancia, barrió sus columnas de asalto, y los batallones alemanes, saliendo resueltamente de sus trincheras, se arrojaron adelante; las bayonetas chocaron y la reacción ofensiva alemana rechazó otra vez al enemigo. Con estas alternativas se prolongó la lucha encarnizadamente, cesando sólo al entrar la noche. Desde el punto de vista táctico, fueron vencedores los alemanes en esta ocasión, pues ninguna de sus posiciones fué rota, y en su poder quedaron 8.000 prisioneros y 8 cañones. ¿Sería también posible el resistir al día siguiente, si la superioridad del enemigo aumentaba? Además, había noticias que hacían temer un movimiento envolvente, porque se habían presentado fuertes masas rusas en la orilla norte del Pregel, agua abajo de la línea del Angerapp. También el ejército ruso que marchaba por Masuren hacía alarmantes progresos, y el clamor desesperante de las poblaciones de esta hermosa región, bárbaramente tratadas por los rusos, reclamaba auxilio. En tales condiciones, el general von Hindenburg resolvió situar el I cuerpo en la línea Wehlau-Friedland, a retaguardia, y con el resto de las fuerzas arrojarle sobre el enemigo del Sur.

La tan disputada línea del Angerapp fué así abandonada, dejando a los rusos Gumbinnen é Insterburg. Bajo la protección de la noche efectuó la retirada el valiente cuerpo prusiano, sin ser molestado por el enemigo. La división de caballería, afectada al cuerpo, después de sostener combate con dos divisiones rusas de caballería y de hacerles 500 prisioneros, se había incorporado al grueso.

Una hermosa mañana de verano era la del 26 de agosto, y desde el cielo azul bañaba el sol la encantadora campiña de Masuria. Un pequeño grupo de ginetes armados con lanzas, estacionaba sobre una escarpada colina, no lejos de Löbau, y los oficiales que lo mandaban reconocían con atención el extremo del bosque. Con sus prismáticos escudriñaban el terreno que, como un mantel, se extendía ante ellos, ofreciendo una risueña combinación de pe-

queños lagos y espesos bosques, campos exuberantes de vegetación y praderas, pueblos hospitalarios y engañosos pantanos, encuadrándolo todo, en animada confusión, hileras de cedros, álamos y abedules. De tanto en tanto, aquellos oficiales consultaban la carta. Uno de ellos, el conde R., de arrogante y aristocrática figura con barba corrida y ya gris, ostentando el uniforme de capitán de la landwehr, se destacaba del conjunto y decía a los exploradores: «Este es un terreno histórico; allá en frente de nosotros, aquel pueblo al este del lago Damerower, se llama Tannenberg, célebre por la batalla en la cual el feroz Jagelow de Lituania, con sus masas de polacos, aplastó, en 15 de julio de 1410, la heroica hueste de los caballeros de la Orden teutónica, mandados por el gran maestre Ulrico de Jungingen. Es de esperar que el nombre de Tannenberg tendrá en lo sucesivo otra resonancia para oídos alemanes y eslavos. Todo indica que aquí vamos a tener la batalla. Y si los rusos se meten entre nuestros lagos y pantanos, les será muy difícil salir bien librados. No hay quien contenga el afán de lucha de nuestros bravos reservistas, cuyas familias y haciendas han sido sacrificadas por los incendiarios rusos». — «¡Si no fuéramos tan pocos!» — murmuró el comandante M. — pero la superioridad enemiga es demasiado grande para poder sacar partido del heroísmo y resistencia de nuestras tropas. Sólo disponemos de una división de landwehr, y aun cuando ésta se halla establecida en una excelente posición atrincherada y ayer se nos incorporaron partes de las guarniciones de Thorn y Graudenz, cuyos cañones pesados pueden ser muy eficaces para la defensa, temo, sin embargo, que perdamos la partida. Se aproximan cuerpos de ejército rusos completos, y la superioridad es múltiple. Y que nuestro general en jefe, después de la retirada del Angerapp, considera la situación muy crítica, lo prueban las órdenes dadas para romper los diques de las presas en los bajos de Elbing y la salida de la población civil de Königsberg». — «Basta de pesimismo, querido compañero, — interrumpió la voz fresca del ayudante de regimiento B — por muy turbias que se presenten las cosas, tengo confianza absoluta en nuestro general en jefe. No en vano ha sido colocado en activo su excelencia von Hindenburg, que hace tres años fué destinado a la reserva. Es uno de nuestros generales más aptos y dará un mal hueso que roer a los rusos. Por lo menos estoy seguro de que no nos dejará en el atolladero y que pegaremos de firme, si logramos detener un solo día a los cuerpos rusos». La animación en la mirada de los demás oficiales demostró la conformidad con la opinión del que hablaba. Todos sabían que en la lucha próxima iba a jugarse el destino de su patria y que, por lo mismo, todos, desde el general hasta el último soldado del tren, habían de poner un celo extremado en el cumplimiento de su deber. «La pequeña ciudad al S. E. — continuó el conde R. — allá donde el terreno es llano, se llama Soldau, junto a la cual fué tan duramente castigada la caballería rusa. Sabido es que en aquellos alrededores, en el año desgraciado de 1806, hubo un fuerte combate entre los prusianos mandados por el general L'Estocq y los franceses del mariscal Ney, dos adversarios de igual temple». — A medida que esta conversación y estudio iban desarrollándose, aparecían en el horizonte

azul unas nubes oscuras y pesadas.—«Apuesto que no son nubes de tormenta, sino de incendios—dijo el ayudante.—Los señores rusos nos anuncian su avance a su manera» —Todos los anteojos se dirigieron a aquel sitio. No podía haber duda. Desde localidades más próximas se levantaban también las funestas nubes interpoladas con grandes llamaradas. «¡Pobres campesinos míos!» exclamó el conde R. al divisar las señales de incendio junto al palacio solariego de sus antepasados. Todos los del grupo callaron; los semblantes sombríos, las centelleantes miradas, las contracciones involuntarias de los puños como si buscaran la espada, eran testimonios de la ira que producía la crueldad de los rusos. Era la guerra, la guerra en su aspecto más brutal. Poco después los anteojos descubrieron sobre los caminos unas líneas grises verdosas, y masas compactas del mismo color saliendo de los bosques se situaron en los campos. «¡Ya están ahí! ¡Los rusos vienen!», gritaron con júbilo, como si se acercase la redención. Todos los temores e incertidumbres cedieron su puesto a una confianza absoluta y jovial en la victoria. Todos montaron a caballo y salieron al galope hacia las líneas de trincheras alemanas. En la llanura crepitaba ya el fuego de fusilería de los cazadores de las avanzadas. La segunda batalla de Tannenberg había empezado.

Con la mayor energía, los rusos que venían de Soldau y Niedenburg trataron de abrirse paso en dirección a Deutsch-Eylau y Osterode con el fin de salir lo más pronto posible de la molesta zona de los lagos que por lo cubierta y complicada estorbaba y confundía los movimientos de sus pesadas masas.

Pero la división de la landwehr, a manera de un cerrojo potente, se opuso a su avance, y las gruesas piezas de Thorn y Graudenz convirtieron su posición fortificada en un obstáculo insuperable, si era atacado de frente. Para movimientos envolventes no era adecuado aquel terreno, puesto que los flancos alemanes se apoyaban en lagos y pantanos infranqueables, y además los rusos debían cuidar de la seguridad de sus flancos, sabiendo que se esperaban refuerzos alemanes. Así no les quedó a los rusos más remedio que apelar al costosísimo ataque de frente y con admirable valor trataron una y otra vez de forzar la posición enemiga. Poco importan las vidas humanas para los jefes rusos. Con abnegación pasiva e inconsciente se sacrificaron los *muschiks* en aras de la vanidad del zarismo. Durante todo el día luchó la tenacidad rusa con el entusiasta amor patrio de los alemanes. Los reservistas prusianos atormentados, bajo un sol ardiente, por una sed abrasadora sufrían en sus trincheras los mortíferos efectos de la artillería rusa, cuyos fuegos perfectamente dirigidos se hacían con frecuencia por descargas, como los de la infantería. Fué una suerte que la mayor parte de las granadas, al penetrar en un suelo blando, no estallaran y que el efecto de los shrapnells rusos fuera relativamente pequeño, porque se dispersaban a ambos costados, mientras que el shrapnell alemán produce una lluvia de plomo uniformemente repartida y que lleva la destrucción a todas partes. Sin embargo, los rusos disponían también de obuses cuyas granadas pesadas penetraban con estrépito a través de los abrigos, ocasionando muchas muertes, mientras que el humo amarillo asfixiante de las explosiones

dejaba sin conocimiento a los sobrevivientes. En cuanto se lograban un par de impactos buenos, se precipitaba al asalto el grueso de las tropas rusas, pero la artillería pesada de los alemanes abría grandes huecos en las filas rusas demasiado densas, el fuego de infantería bien apuntado barría los más avanzados y audaces y las ametralladoras arrasaban compañías enteras. Retrocedían los rusos cada vez, perseguidos por el destructor fuego rápido de todos los cañones y fusiles.

Una pausa del cansancio; disparos sueltos; después otro asalto más vigoroso que los anteriores; un concierto infernal rugía alrededor de todos. En ambos lados tronaba sin cesar el cañón y crepitaba la fusilería y las ametralladoras. Llamas rojizas surgían de los techos de las viviendas; pueblos enteros eran incendiados.

Con precipitación alocada una brigada de artillería rusa avanzaba para apoyar el asalto. En medio de ella estallaron las granadas de una vigilante batería alemana, produciendo un apelotonamiento monstruoso de hombres y caballos. Al anochecer habían sido rechazados victoriosamente todos los ataques de los rusos, que ejecutaron un movimiento retrógrado sobre la línea Tannenberg-Hohenstein, con el objeto de reunir las fuerzas de refresco que habían de renovar el asalto al día siguiente.

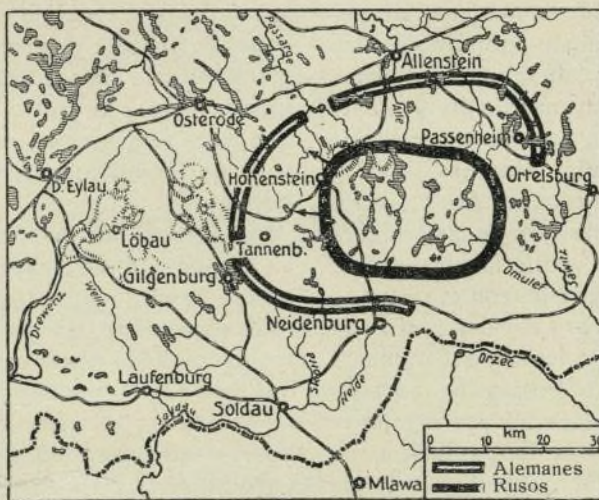
Pero éste no había de darse ya, sino que los rusos el día 27 adoptaron exclusivamente la defensiva. En la madrugada se notó al S. de la línea de los reservistas la llegada de una segunda división alemana que sorprendió a los rusos al desplegar al sudeste contra su flanco izquierdo. La toma de Neidenburg completó esta acción envolvente. Para preservar a su ala derecha de un peligro semejante, el general Shilinski destacó el día antes un cuerpo hacia Allenstein. Los rusos encontraron esta ciudad inocupada y se apoderaron de ella imponiendo en sus tropas la disciplina más severa. Lo mismo había ocurrido en Tilsit, Eydtkuhnen y otras plazas, formando contraste esta conducta con la manía incendiaria observada muchas veces en campo raso. Probablemente ésto dependía de la personalidad del que ejercía el mando. Los mismos cosacos se portaron de diferentes modos, y el pueblo supo distinguir los *buenos* de los *malos*, perteneciendo los primeros a los del Don y Ukraine y los segundos a los de Kubán y Orenburg. No habían de estar los rusos mucho tiempo en posesión de Allenstein, pues al día siguiente por la madrugada apareció por el nordeste un cuerpo de ejército alemán que los desalojó de la ciudad y los rechazó sobre su grueso hacia Grieslieuen. También todas las alturas de los alrededores entre el Passarge y el lago de Gr-Plantziger fué tomada al asalto por los alemanes, con lo cual el ala izquierda de éstos se alargó por Passenheim hacia el sudeste y de esta manera quedó cercada el ala derecha de los rusos, apelotonada entre lagos, pantanos y bosques y formada por último en círculo. Esto fué posible, merced a las sobresalientes aptitudes para marchar de las tropas recién llegadas y la excelente exploración de nuestros aviadores, que informaron oportunamente al mando alemán de los movimientos de los rusos, quienes no pudieron emplear la superioridad en caballería, a causa de las malas condiciones del terreno. Y así como el día anterior las tropas rusas, valiéndose



Paisaje de la Prusia Oriental, en las cercanías de Allenstein

se del mayor número dieron ataques que prometían éxito, se vieron ahora de repente rodeadas de masas alemanas que por su situación bien elegida y por su acción contra ambos flancos, había que suponer que serían más numerosas de lo que en realidad lo eran. El 8.º ejército alemán había cogido como un cascanueces la nuez rusa y amenazaba destrozarla con la vigorosa presión de sus ramas.

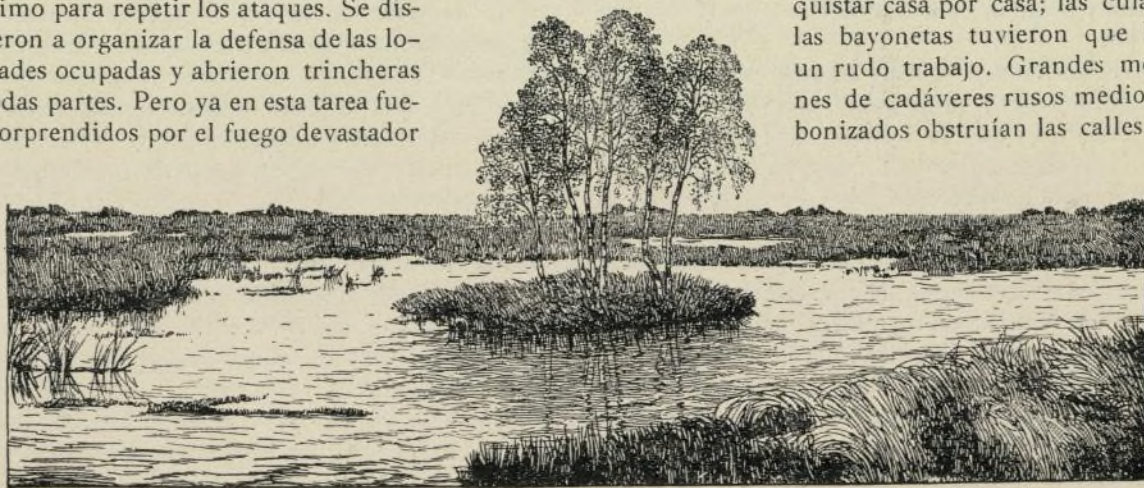
Los rusos empezaron a desconfiar, a temer y a vacilar, y pronto perdieron el ánimo para repetir los ataques. Se dispusieron a organizar la defensa de las localidades ocupadas y abrieron trincheras en todas partes. Pero ya en esta tarea fueron sorprendidos por el fuego devastador



Plano general de la batalla de Tannenberg

que la artillería alemana dirigía concéntricamente desde tres lados. Su efecto fué terrible.

Filas enteras de soldados rusos muertos cubrieron pronto el terreno de la posición que se pretendía atrincherar. La lucha encarnizada se concentró en los pueblos de Hohenstein y Tannenberg, llaves de la posición rusa. Ambas localidades abrumadas con una lluvia de granadas de nuestra artillería empezaron a arder y fueron tomadas por asalto. En Hohenstein hubo que conquistar casa por casa; las culatas y las bayonetas tuvieron que hacer un rudo trabajo. Grandes montones de cadáveres rusos medio carbonizados obstruían las calles y los



Vista parcial de los lagos de Mazuri

fosos de los arroyos, debajo de las ruinas de los edificios. Una granja espaciosa donde se había fortificado una *sotnia* de cosacos fué incendiada y sus defensores con heroica obstinación perecieron en las llamas hasta el último hombre. Con la conquista de ambos pueblos, el 28 de agosto, quedó decidida la batalla y rota la línea rusa.

Casi como en Sedan, 44 años antes, constituyeron poco a poco nuestros cañones un anillo de hierro que despidió la muerte, el espanto, sobre el ejército ruso del Narew, condenado a sucumbir.

Ciertamente que varias de nuestras baterías avanzadas quedaron enterradas en los pantanos, pero la infantería, con esfuerzos colosales, las sacó de allá, muchas veces bajo el fuego enemigo. Intentaron los rusos varias veces abrirse paso por medio de ataques desesperados, pero tales heroicas reacciones quedaron anuladas bajo un fuego infernal. Todos los shrapnells estallaban en medio de masas concentradas y producían estragos horribles; las ametralladoras segaban batallones enteros. Fué aquello horrible. En semejantes circunstancias empezaron a vacilar las filas rusas; el temor y la desesperación fueron manifestándose; las fuerzas se agotaron y hasta la alimentación faltó. El hambre y no la cobardía fué lo que impulsó a aquellas tropas a avanzar desarmadas hacia el enemigo para entregarse prisioneras. También los soldados de origen polaco se dejaron coger en masa y casi sin disparar un tiro. La tropa que todavía resistía estaba agazapada como gatos en pozos de tirador; pero disparaban sin apuntar y sus balas pasaban por encima de las cabezas de los atacantes. A saltos, cortos o largos, avanzaron los alemanes fatigados y cubiertos de polvo, pero llenos de ánimo con la esperanza de la victoria. Marchas forzadas inauditas acababan de ejecutar muchos de ellos, otros habían permanecido un día tras otro en las trincheras, soportando un fuego de artillería abrumador, alimentados sólo con galleta y agua, con el vestuario sucio y destrozado, agobiados por el calor y, sin embargo, a los gritos de ¡hurra! se lanzaron fieramente a la bayoneta sobre el enemigo. Los desalentados rusos no esperaron esta acometida, sino que arrojaron las armas y levantaron las manos. Largas hileras de prisioneros, con aspecto de imbecilidad, fueron sacados del campo de batalla a manera de rebaños de corderos. En una postrera reacción ofensiva estableció el enemigo sus reservas en Neidenburg, pero el irresistible fuego de la artillería alemana bastó para vencerlo.

Envuelto por tres lados y acosado sin cesar por un fuego mortífero, no le quedó más salida al grueso del ejército ruso que la retirada rápida al sudeste, si quería librarse de ser totalmente copado. Precisamente en aquella dirección esperaba al enemigo el general von Hindenburg, pues allá estaban los lagos de mayor extensión, tan adecuados para desordenar al enemigo, si se le perseguía enérgicamente, y para convertir su retirada en fuga desordenada y por último en una catástrofe. Y así sucedió. La batalla de Tannenberg fué el *dies irae* del zarismo, el Sedan ruso. Hasta se habían hecho preparativos para abrasar a los rusos en su retirada, rociando con petróleo los árboles en determinadas zonas de bosque, de modo que al estallar las granadas se incendiaran enseguida. Y cuando horrorizados los rusos pretendían es-

capar de aquellas hogueras, las ametralladoras disparaban sobre los estrechos caminos de salida donde se aglomeraban los fugitivos despavoridos. Regimientos enteros se rendían; todos los cañones de aquel soberbio ejército fueron perdidos, ante la imposibilidad absoluta de arrastrarlos a través de los pantanos. Sólo el que conozca los obstáculos impracticables que caracterizan aquella región podrá tener un concepto exacto de la espantosa confusión y de la loca desbandada del ejército ruso batido. Y sobre aquella masa informe de fugitivos la artillería alemana seguía disparando sin piedad. Puesto que un cuerpo de ejército ruso tiene 96 piezas de campaña, fueron 480 las cogidas, sin contar las de las divisiones de caballería. 92 mil prisioneros se reunieron sucesivamente. Ambas cifras, nunca alcanzadas en una batalla a campo raso, demuestran mejor que nada la gravedad de la derrota rusa. Y esta victoria, la más brillante y completa de la guerra universal hasta entonces, fué alcanzada por unas tropas que tuvieron que luchar con doble superioridad numérica. La abnegación heroica del soldado alemán y el genio de su alto mando produjeron tales extraordinarios resultados. Por su preparación y desarrollo la batalla de Tannenberg tiene gran semejanza con la sangrienta jornada de Cannas donde Aníbal destruyó un hermoso ejército romano. El día 29 la persecución degeneró en una cacería. Quedaron aniquilados los cuerpos rusos 8.º, 15.º y 23; sólo el 1.º y la mitad del 6.º a costa de muchas bajas lograron traspasar la frontera y salvarse. Entre los generales comandantes de cuerpo muertos se encontraban Samsonov, antiguo ministro de la Guerra, y Pestitsch que tanto se distinguió en la guerra japonesa al frente de un regimiento. Otros tres fueron hechos prisioneros.

El general Martos, del 15.º cuerpo, fué detenido en el momento de escapar en un automóvil. Muerto su conductor, ocupó su sitio un zapador alemán que lo llevó a nuestro cuartel general, donde fué cortesmente recibido aquel elegante general, tan conocedor de las costumbres germánicas. En el equipaje de su excelencia se encontró la orden escrita por él mismo para el incendio sistemático de los pueblos. Otro general comandante recibió un disparo mortal de uno de nuestros ciclistas; su jefe de Estado mayor se suicidó en aquel instante. Realmente tenían motivos para ello los oficiales del Estado mayor ruso, por la demente audacia de pretender atravesar los estrechos desfiladeros entre los lagos de Masuria con un ejército que reunía un cuarto de millón de combatientes, y una enorme impedimenta, frente a un enemigo vigilante y dispuesto a todo. Fué una vergüenza que cinco cuerpos quedarán detenidos ante una división de reservistas, y que con una numerosa caballería no se descubrieran a tiempo, ni se hicieran fracasar, las tentativas envolventes de los prusianos, siendo también altamente censurable que ninguna disposición se tomara para encauzar ordenadamente la retirada. Durante algunos días, el victorioso ejército de Hindenburg tuvo que ocuparse en recoger los frutos de la victoria, venciendo además las pequeñas resistencias de los grupos de dispersos que preferían entregarse a sufrir tanta privación. El resultado final de la siempre memorable batalla, que podrá servir de preámbulo a la historia de la caída

del zarismo, se resume así: destrucción de tres y medio cuerpos de ejército rusos, dispersión de uno y medio cuerpos y salvación de la Prusia oriental de la invasión rusa. Porque también el ejército de Rennenkampf, al enterarse de la catástrofe de Tannenberg, emprendió en seguida la retirada, pues de lo contrario corría el peligro de ser atacado de flanco por las tropas de Hindenburg y arrollado hacia el N. Y tampoco escapó de este destino, porque había avanzado demasiado y su excesivo fraccionamiento había de perturbar también un repliegue rápido.

Como las escasas fuerzas alemanas del norte de la provincia tuvieron que abandonar la línea del Alle para buscar la protección de los fuertes de Königsberg, el general Rennenkampf las siguió hasta la línea Lapiau-Friedland, cortó el ferrocarril Insterburg-Allenstein, destacó una parte de su ejército agua arriba del Alle, procurando con la ocupación de Bartenstein, Heilsberg y Wormdit enlazarse con el general Shilinski. Después de unos días de descanso, el coronel general von Hindenburg, recorriendo a marchas forzadas unos 150 km. en cuatro días, y a través de un terreno difícil, pudo alcanzar a los rusos del N., antes de que estuvieran concentrados. Su ala izquierda, formando entonces la retaguardia, se estableció a la defensiva en Gerdauen, pero fué completamente batida y tampoco consiguió Rennenkampf variar en Lyck la suerte de su ejército por medio de un ataque de flanco ejecutado por el ejército de reserva, que apresuradamente había acudido (el cuerpo 22.º de Finlandia y parte del tercer cuerpo siberiano, a los cuales se agregó la división salva-

da del 6.º cuerpo). Fué arrollado hacia el N., pasó el Niemen y rechazado en completo desorden hasta más allá de la frontera. El 12 de septiembre quedaba libre de rusos la Prusia oriental.

Una ráfaga de júbilo vibró por toda la provincia al ser confirmada la fabulosa noticia de la victoria y cuando los 30,000 prisioneros, que se suponían al principio, ascendieron a 70,000 y después a 92,000, es decir, mayor número aún que los de Sedán, hacía 44 años. En Königsberg y Thorn, en Allenstein y Osterode se echaron las campanas al vuelo, se dispararon morteretes y se desplegaron banderas. De todos los corazones surgió un sentimiento de gratitud ardiente hacia nuestras heroicas tropas y su genial caudillo. Sí, estábamos salvados de angustias y penalidades indecibles. El nombre Hindenburg, apenas conocido antes, fué de pronto uno de los más populares en la patria alemana. Era la roca firme contra la cual se estrelló en impotente espuma la oleada panslavista. Sobre los resultados positivos obtenidos en Tannenberg, merced a los sacrificios de nuestro magnífico ejército y los cálculos atinados del mando de Hindenburg, discurrirá plenamente la crítica de los tiempos venideros. Hoy puede afirmarse, sin embargo, que la batalla de la Masuria es un hecho de armas único en la historia, una inolvidable hoja de gloria en la suntuosa corona de laurel del ejército alemán.

Traducido por el
MARQUÉS DE ZAYAS
Teniente Coronel de Estado Mayor

(De *Der Krieg*)

CRÓNICA MILITAR

I. Los zeppelines.—II. Ojeada general sobre la situación en el teatro occidental.—III. ¿Es estable la situación en el teatro occidental?—IV. Operaciones navales.—La situación el 8 de noviembre

I.—Los Zeppelines

La preocupación de los ingleses a partir del momento que los alemanes tomaron posesión de las costas de Bélgica se ha concentrado en los zeppelines, dirigibles misteriosos que rara vez, o acaso nunca si se da crédito a los alemanes, han aparecido sobre los campos y poblaciones enemigas.

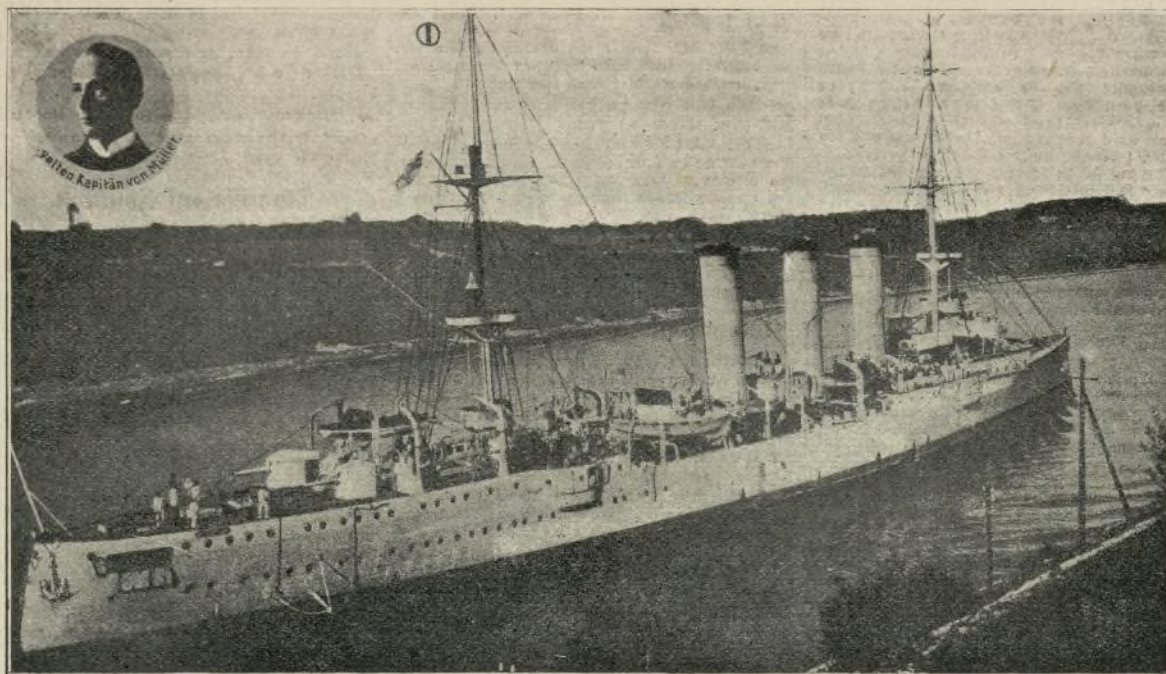
Los dirigibles son de tres tipos: los rígidos (zeppelines), formados por una armadura de metal en forma de cigarro, de la que penden las barquillas o camaretas de maniobra y la de pasajeros y carga, y que se mantienen a flote en la atmósfera gracias a unos globos o *ballonets* esféricos contenidos dentro de la armadura; los no rígidos, cuya envuelta exterior es de tela, como la de los globos en general; y los semirígidos, mezcla de los dos tipos anteriores, pero que se aproximan más a los del segundo que a los del primero.

Alemania cuenta con las tres clases de dirigibles, mientras que Francia e Inglaterra sólo disponen de dirigibles no rígidos.

Las grandes dimensiones de los zeppelines, punto menos que imposibles de lograr con el tipo no rígido, no sólo facilitan el transporte de pesos mayores, sino, lo que es más interesante, la instalación de mo-

tores mucho más potentes, que dan por resultado un gran radio de acción y unas condiciones de estabilidad en el aire muy superiores a las que gozan los otros dirigibles.

Pero existe una dificultad grandísima para el manejo de los zeppelines: la armadura metálica y la estructura resistente interiores están calculadas para soportar las presiones del aire y un pequeño margen para agentes imprevistos, no adoptándose los coeficientes generales del trabajo de los materiales, porque ello conduciría a grandes espesores, con el consiguiente aumento de peso, dificultad de maniobra y necesidad de motores de mayor potencia o disminución de la velocidad y duración de los viajes. De aquí se deduce que cuando el zeppelin flota en la atmósfera y está en condiciones de equilibrio, tiene capacidad de resistencia más que sobrada para soportar las presiones del viento, aunque cambien rápidamente de sentido y de potencia; el dirigible se acomoda en el acto a las nuevas condiciones de sustentación y equilibrio, y obedece dócilmente al timón y a la maniobra. Pero en los momentos de toma de tierra, entrar y salir de los cobertizos (hangares) y al emprender el vuelo, se necesita el concurso de un numeroso personal que maneje los cables de retenida con una igualdad y suavidad de esfuerzo extraor-



El famoso crucero alemán *Emden*. (En el círculo, su capitán von Müller)

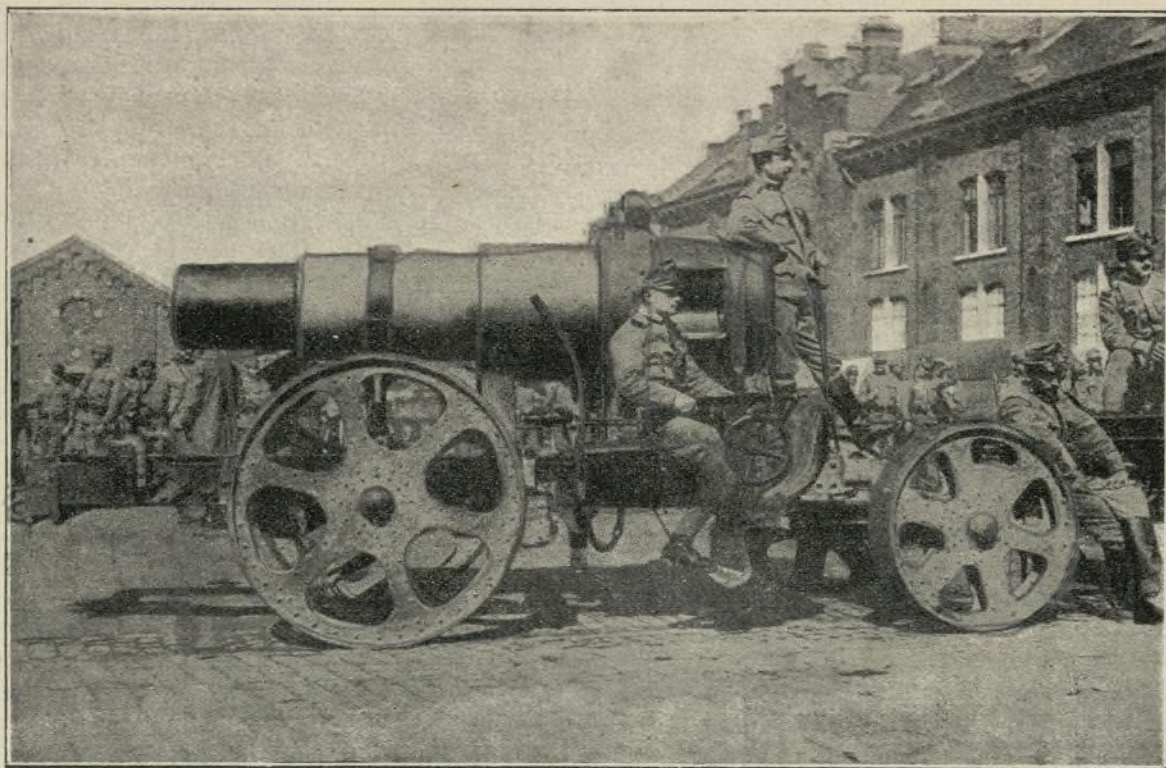
dinarios, porque la menor diferencia en la tracción de los cables basta para desencuadernar y aún romper el zeppelin. Además, si en el momento de entrar o salir el dirigible de su cobertizo sobreviene una fuerte racha de viento, parte del globo (la que aun está a la intemperie) queda sometida a una presión mucho mayor que la que ya se encuentra en el interior del hangar, y es fácil que se rompa o quebrante la armadura. De aquí que casi todas las catástrofes que han padecido los zeppelines se hayan presentado en las maniobras referidas o cuando el dirigible se disponía a tomar tierra. De lo expuesto resulta que el zeppelin, una vez remontado, es un mecanismo dotado de gran seguridad, mayor que el aeroplano,

pero sumamente endeble y frágil en las operaciones preliminares de la partida y en las del descenso.

Para hacer frente a las eventualidades de un cambio de viento en aquellos momentos, se han construido en Alemania hangares giratorios, que se ponen siempre en la dirección del viento, y la marina dispone de otros montados en barcos especiales, que pueden girar con extraordinaria rapidez. En parte se ha resuelto la dificultad en lo que concierne a los desequilibrios atmosféricos. Para resolver la que atañe a la maniobra, en la que intervienen centenares de soldados, no cabía otro recurso que una instrucción perfecta, que trocara a los hombres en máquinas obedientes a la menor indicación de la voz de



Tropas rusas, que con la bandera desplegada y el *pop* a la cabeza se abrieron paso después de la batalla de Tannenberg

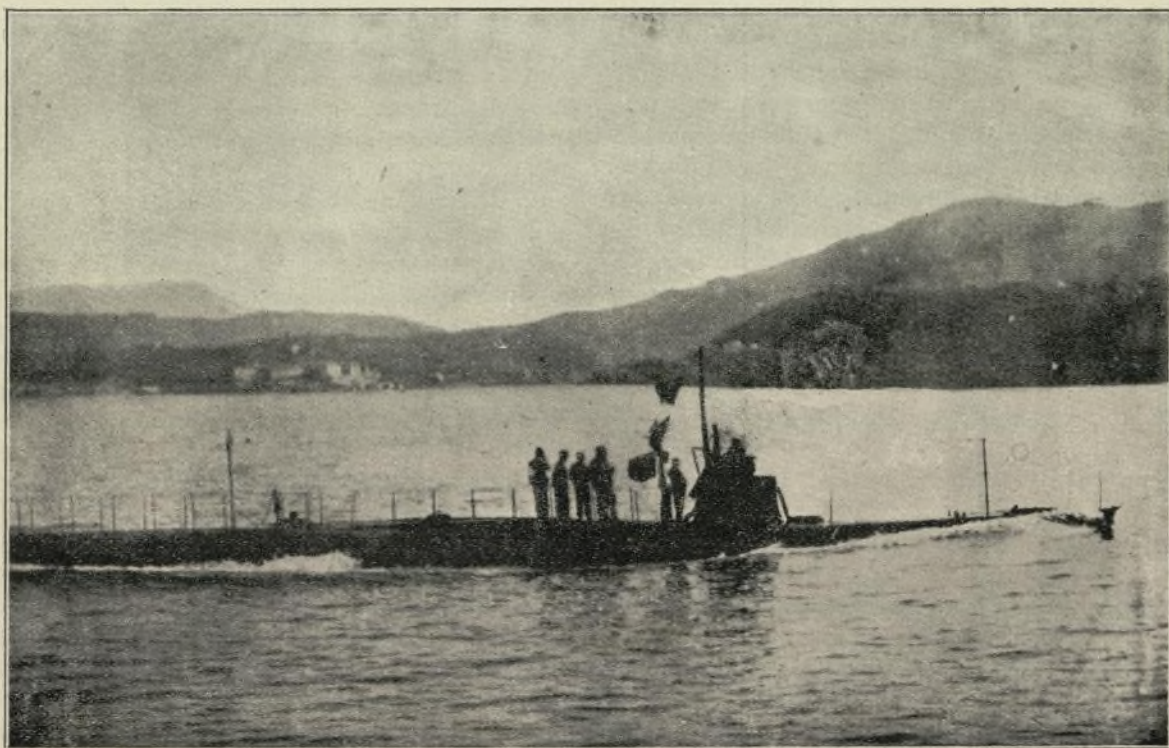


Los cañones automóviles de sitio, de 30.5 centímetros de calibre, prestados a los alemanes por los austriacos y cuyo tiro resultó eficazísimo contra las fortalezas belgas

mando. Todo aquel que sepa lo difícil que es dar unidad absoluta a una cuadrilla de obreros que ejercen esfuerzos individuales sobre un solo mecanismo, de modo que resulten perfectamente armónicos y concentrados, comprenderá el mérito de los oficiales alemanes que han sabido instruir el batallón de zeppelines de modo que la maniobra resulte realmente mecánica, sin la menor irregularidad. Claro es que no se ha llegado a este éxito sin contratiempos, sin

haber tenido que lamentar serias averías en los aparatos.

Gracias, por lo tanto, a la perfecta instrucción del personal y a la previsión con que los alemanes han estudiado los mejores tipos de cobertizos; gracias también a que el problema de la navegación aérea lo resolvieron mediante el estudio previo de la atmósfera (siguiendo en esto una marcha muy diferente de la emprendida por los aerosteros y aviadores franceses



El submarino 43 construido en Spezzia con destino a Rusia, cuya desaparición y huida a Córcega tanto impresionaron a la opinión pública

e ingleses), puede afirmarse que los zeppelines constituyen hoy por hoy un adelanto y un progreso con que el ejército puede contar con esperanzas de pleno éxito.

Los demás tipos de dirigibles alemanes, lo mismo que los franceses y británicos, sin ser despreciables, ni mucho menos, no pueden mantenerse tanto tiempo en el aire, no despliegan una rapidez de marcha tan sostenida, y en el aire no ofrecen la misma seguridad que los zeppelines, de suerte que es lo probable que éstos no encuentren rivales dignos de ellos, por lo menos entre los dirigibles enemigos.

Dejando para otra ocasión examinar la acción posible de los aeroplanos contra los dirigibles, bastará por el momento hacer notar que seguramente una escuadrilla de zeppelines, o simplemente un zeppelin, no se aventurará lejos de sus bases sobre país enemigo sin ir acompañada por una flotilla de aviones, que les protejan de los ataques aéreos; y que el armamento y condiciones de ataque y defensa de los zeppelines son incomparablemente superiores a las del más potente aeroplano.

¿Podrá ser eficaz el tiro de los zeppelines contra barcos y, en general, contra blancos de pequeño tamaño?

Esta pregunta se ha formulado más de una vez antes de la declaración de la guerra, y sobre esta cuestión se han desarrollado las más opuestas teorías. Pero después de lo que ha enseñado la experiencia, en el terreno de los aviones, parece extraño que todavía se abriguen dudas.

Los aeroplanos no pueden detener su marcha en el aire, han de estar en constante movimiento y su tripulación queda reducida a un solo hombre, dos lo más, los observadores, porque el piloto no puede dejar de estar atento a la maniobra, mientras que los zeppelines transportan un personal que puede llegar a veinte, treinta y aun cincuenta personas, por lo que cabe la división de tareas, dando a cada cual su especial cometido, sin perjuicio de las funciones del piloto jefe y de sus ayudantes.

A pesar de la escasez de personal, del constante movimiento a que se ven obligados los aeroplanos, y de la corta dotación de proyectiles que pueden llevarse en una de estas máquinas, hay repetidas pruebas de que el lanzamiento de bombas desde ellos ha resultado eficaz y que la puntería ha podido hacerse casi con la misma precisión que la de una pieza de artillería. No recordaré las bombas arrojadas sobre poblaciones, puesto que en este caso los blancos eran de gran tamaño, pero sí el ataque aéreo contra convoyes, de frente sumamente estrecho, contra trincheras, contra parques, etc., con resultado satisfactorio muy a menudo. En esto, como en todo, la práctica es lo principal, y los alemanes se habían adiestrado en el lanzamiento de proyectiles antes de la guerra, mientras que los aviadores franceses e ingleses cifraban su ideal en la realización de vuelos en condiciones difíciles; no es que desatendieran por completo el estudio del aeroplano como arma, pero lo relegaron a segundo término.

Las dificultades de lanzamiento con probabilidades de éxito son incomparablemente menores desde un dirigible, porque a voluntad detiene la marcha, observa el efecto de los primeros proyectiles y corrige el tiro, toda vez que puede llevar cada zeppelin

una dotación de bombas de peso casi de dos toneladas. Por otra parte, no es un secreto para los que se han ocupado en esas cuestiones, que había antes de la guerra en estudio y experimentación varias máquinas de apuntar desde los aeroplanos y zeppelines, las cuales es de suponer se habrán perfeccionado en los meses transcurridos desde entonces y entrado en el terreno de la aplicación práctica. Por si esto no bastase, conviene recordar los ejercicios de lanzamiento de bombas a que se están entregando los aerosteros alemanes, desde los zeppelines, utilizando los lagos del S. y contra blancos, tanto fijos como en movimiento, representados por pequeños barcos. Ha de inferirse por consiguiente que si los zeppelines resisten bien la travesía del mar, su acción puede ser temible y eficaz.

En otro concepto, debe saber el lector que los modelos de bombas empleados para el lanzamiento desde los aeroplanos no son del tipo ordinario de la artillería, ni mucho menos, sino que se aproximan algo a los torpedos de marina; y hay datos que permiten suponer que las que dispararán los zeppelines tendrán más de torpedos que de otra cosa, por lo que sus efectos serán terriblemente destructores.

Finalmente, el disparo puede hacerse desde barquillas suspendidas del zeppelin por medio de cables de 100 o más metros de longitud; los tripulantes de esas barquillas mantienen comunicación telefónica con los del dirigible y pueden, en tiempo de niebla o lluvia, dar indicaciones precisas al piloto sobre la orientación que debe imprimirse al aerostato, de suerte que éste puede quedar envuelto por la niebla sin que los tripulantes de las barquillas suspendidas—presentando un blanco casi imperceptible—dejen de ver bien los objetivos contra los cuales han de lanzarse los explosivos.

II. — Ojeada general sobre la situación en el teatro occidental

Los que buscaban en la presente guerra una repetición más o menos fiel de los rasgos salientes de otras campañas, están desorientados y achacan a la aparición de los dirigibles y aeroplanos, a la torpeza de unos cuarteles generales y a la pericia de otros, y a mil diversas circunstancias que no cabe tomar en serio, esas batallas indecisas, que se prolongan semanas y meses, sin que se vislumbre cómo ellas pueden conducir al término de la guerra.

Sin embargo, la situación no es tan inexplicable como parece; las sombras que la empañan provienen principalmente de que no se suele plantear el problema del modo debido. Se tienen en cuenta los principios exclusivamente militares, unas veces, y con asombro se infiere que los alemanes, maestros en todo tiempo en arte militar, no se acomodan al parecer a lo que recomienda la estrategia; otras veces, se prescinde de los factores de esta naturaleza para tomar en consideración los políticos y los económicos, y la conclusión, también desfavorable a los alemanes, aparta por completo de la realidad al que investiga en este terreno; y, finalmente, abundan más de lo debido quienes dan por indudable que los alemanes tienen objetivos determinados, que al parecer conoce todo el mundo, y como hasta ahora no han sido alcanzados, deducen que el fracaso de Alemania es

positivo y evidente. Si ese examen se hiciera desde el punto de vista de los aliados, es posible que de la confrontación de las dos conclusiones, enteramente opuestas, a que se llegaría, saliese una verdad muy aproximada; pero no es menester entrar en tales elucubraciones para arrojar un poco de luz sobre la situación.

El objetivo militar de toda guerra consiste en la destrucción del ejército enemigo. Pero este principio que era innegable y evidente hasta hace cuarenta años, no es ya tan cierto hoy día, si se toma de un modo absoluto. Mediante el servicio general obligatorio, el ejército no es ya una masa más o menos fuerte y numerosa, sino toda la nación en armas, según la feliz expresión de von der Goltz, y resulta bastante difícil la destrucción de toda una nación representada por los hombres de veinte a cincuenta años. No estamos en el caso de las guerras napoleónicas, durante las cuales la población de los países beligerantes permanecía tranquila en sus casas y la guerra se decidía por el resultado de los choques entre masas relativamente poco numerosas; tampoco son las de ahora las mismas circunstancias de la guerra franco-alemana, toda vez que en 1870 ni Francia ni Alemania estaban completamente en armas.

La presente guerra es un caso único en la historia del mundo: el encuentro de vida o muerte entre los imperios germánicos de la Europa central y los dos Imperios que se disputan la soberanía de gran parte del mundo, Inglaterra y Rusia, apoyados por otras naciones, tales como Francia, Bélgica, Serbia, etcétera. Por consiguiente, la guerra ha de tener por supremo fin, no el golpe contra un ejército determinado, sino la estocada contra los puntos débiles de los beligerantes, y entre éstos, aquellos cuya derrota provoque necesariamente la de sus aliados. De esta suerte, desde los primeros días de la campaña se viene dibujando el encuentro tremendo entre Alemania y la Gran Bretaña; el vencimiento de la una o de la otra llevará consigo el de las aliadas de la derrotada; Austria sólo figura en segunda línea, lo mismo que Turquía, que Francia, y que la misma Rusia.

El poderío inglés no se asienta sobre un ejército más o menos formidable, sino sobre la situación geográfica del Imperio y el dominio de los mares, gracias a su incontrastable flota, por lo que a nada conduciría una victoria decisiva de los alemanes en Francia o en Rusia; Inglaterra continuaría dueña del mar y sin haber padecido en lo más mínimo, y Alemania, aunque vencedora de los auxiliares de su enemiga, quedaría exangüe y sin fuerzas a merced de su rival. Esta elemental consideración aconseja a los alemanes la economía de fuerzas y su reserva para el momento del duelo final.

Apreciando con claridad la situación, Inglaterra está procurando por todos los medios mantener la guerra fuera de su país, por ser éste el camino más seguro de llegar a la victoria en plazo más o menos largo; y sería notoria torpeza de los alemanes acudir al terreno que engañosamente le ofrece su enemiga y desangrarse en los campos de la Europa continental, sin utilidad ninguna para su propia causa; porque aunque fueran derrotadas Francia y Rusia, el triunfo de Inglaterra compensaría todos los desastres, como el triunfo de Francia primero y de Prusia

después compensó en 1859 y 1866 las derrotas de los italianos, que salieron gananciosos de ambas campañas, para ellos desgraciadas.

Como consecuencia, se deduce que la guerra actual ha de someterse ante todo en su desarrollo a un fin político, poniendo al servicio de éste los factores de orden militar.

Dueña la Gran Bretaña del mar, y muy superior su escuadra a la alemana, la decisión de la guerra entre los dos Imperios sólo puede tener lugar invadiendo los alemanes a Inglaterra, destruyendo su flota, que para el caso es lo mismo, o destruyendo los ingleses el ejército alemán. Que los británicos se proponen este objetivo no cabe duda: empeñando en los campos de Francia los contingentes venidos de los rincones más apartados del planeta, desgastan poco a poco las energías de Alemania, y si el rumbo de los acontecimientos no varía acabarán por dejarla inerte. Nada importa que sean derrotados los franceses y los canadienses y los argelinos y los indostánicos, si al mismo tiempo se consigue que se debilite y acabe por desaparecer prácticamente el ejército enemigo; cuando este hecho sobrevenga, el triunfo de Inglaterra será indiscutible, y con él el de todas sus aliadas. Obra bien, pues, la Gran Bretaña y su conducta se ajusta a la realidad de las cosas y a un claro concepto de su interés nacional. De donde se infiere, que se mostraría torpe en demasía su rival si se acomodara a este método de Inglaterra. El peligro para ésta no se encuentra en Francia, sino en su propio país y en las grandes colonias y dominios; luego Alemania, para vencer, ha de dar sus golpes a esas colonias y dominios y a la metrópoli, a las islas británicas.

Veamos cómo se está conduciendo Alemania. Su alianza con Turquía es el primer paso para atacar a Inglaterra en sus posesiones mundiales. Gracias al apoyo de los turcos será posible conmover a los musulmanes del Asia menor, Egipto y el Indostán, y si los esfuerzos son coronados por el éxito, Inglaterra tendrá que atender al peligro más grave que podía soñar y habrá de desviar la atención de Francia para extenderla a regiones muy apartadas; si al mismo tiempo se cierra el canal de Suez o cae en manos de los turcos, habrá llegado un momento de extremada gravedad para Inglaterra, cuyos estadistas no tendrán entonces más remedio que concentrar sus miradas sobre su propio territorio. De esta suerte, aun prescindiendo de que la ayuda de Turquía no podrá menos de debilitar a los rusos, se ve cómo el acto preliminar de la resolución de la guerra ha comenzado ya, reducido a estos sencillos términos: imposibilitar a la Gran Bretaña la extracción de refuerzos del Indostán, obligarla a enviar tropas a Egipto, al Africa del Sur, al repetido Indostán, y ofrecer a los japoneses, a los chinos, a los mismos rusos, una presa fácil en Asia con menoscabo de Inglaterra.

La fase principal del drama, luego de terminada la introducción, habrá de consistir en llevar la guerra a un país que hasta ahora ni había concebido que un enemigo pudiera pisar su territorio. Todas las naciones del mundo están y han estado expuestas durante centurias a las invasiones de sus enemigos, y repetidamente han tenido que soportar los castigos de una guerra en casa, de manera que los pueblos continentales que hoy luchan están más o menos

acostumbrados al riesgo y a la eventualidad de que el adversario les invada y les someta a la ley del vencedor. Pero en Inglaterra el caso es muy otro, porque los naturales de aquel país ni siquiera conciben que un fusil enemigo pueda dispararse en territorio británico, por lo que es de creer que una invasión produciría consecuencias incalculables, punto menos que imposibles de comprender en España, Francia, Alemania, etc. De donde resulta que, desde el punto de vista alemán, el Gobierno y el cuartel general del Kaiser han de supeditar todo a la posibilidad de efectuar un desembarco en Inglaterra; la derrota de Francia, la de Rusia..., no son mas que simples accidentes que no alterarán en lo más mínimo la resolución definitiva de la guerra.

Para que la invasión pueda llegar a realizarse, es menester el concurso de varias circunstancias, que reseñaré ligeramente:

Se necesita en primer lugar, disponer de la primera materia: ejército y escuadra, es decir, que una parte del ejército, la suficiente para dominar a Inglaterra, no se empeñe en la guerra continental y se conserve casi intacta para la acometida final al otro lado del estrecho; y que la escuadra se mantenga indemne y con todo su poder ofensivo para el día en que sean necesarios sus servicios.

Hace falta, en segundo lugar, que el paso del estrecho pueda hacerse con seguridad y sin peligro; ello requiere el alejamiento o la destrucción de los barcos británicos que ahoran vigilan y dominan aquel paso. A este efecto, los grandes cañones en la costa belga, los submarinos, los torpederos, los aeroplanos, los dirigibles, han de concertar su acción; empresa es ésta difícil y árdua, pero no imposible, según está demostrando la experiencia de esta misma guerra; todo consiste en disponer del suficiente número de unidades de aquellos tipos y contar con recursos bastantes para que la nación no perezca antes de que se decida la guerra. Acerca de este último punto se han disipado las dudas, y nadie desconoce ni siquiera en Inglaterra, que las fuerzas económicas de Alemania le permiten mantener una campaña de dos o tres años. Si Alemania podrá o no lanzar al ataque los bastantes barcos pequeños y aviones y dirigibles para poner al enemigo fuera de combate, o por lo menos obligarle a dejar expedito el canal, nadie lo sabe.

Finalmente, para que un desembarco en las islas británicas tenga éxito, es indispensable que el nervio del ejército inglés, el activo o de primera línea, esté muy castigado por operaciones anteriores, y las fuerzas de la defensa se reduzcan a las débiles — por su composición, cualquiera que sea su número — tropas territoriales y de última reserva. Desde este último punto de vista, Inglaterra ha obrado con poca previsión despachando sus mejores tropas a Francia; verdad es que a ello estaba obligada moralmente, y que cuando las transportó al continente todavía no se vislumbraba el nuevo giro que Alemania ha ido dando a las operaciones.

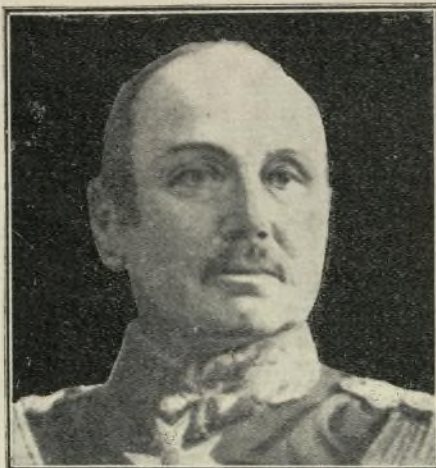
En resolución, la Gran Bretaña, salvo en un punto, obra como debe para triunfar por el camino más corto, menos peligroso y menos costoso. Alemania ha comenzado a plantear su acción contra las posesiones de su adversario, y está disponiéndose a entablar el duelo decisivo, llevando sus armas al corazón de la metrópoli enemiga. Nada importa que quien

triunfe sea Alemania o Inglaterra, puesto que lo que interesa desde mi peculiar punto de vista, es saber si la guerra se ajusta a principios lógicos y concretos o se lleva deslabazadamente y sin concierto, como se viene repitiendo hace días.

Prescindiendo de la escuadra, cuidadosamente encerrada en las bases navales, hemos visto que el primer deber de Alemania consistía en no malgastar sus fuerzas militares, sino conservar intacto el suficiente número de ellas para la empresa decisiva. ¿Realmente está obrando así el Imperio? Nadie sabe, ni siquiera aproximadamente, en qué lugares están los cuerpos de ejército alemanes, porque este conocimiento se limita a los que se hallan en contacto con los adversarios en los dos teatros de la guerra; lo único que puede afirmarse es que en las fronteras de Rusia (según noticias de origen ruso autorizadas y que parecen ciertas) sólo hay de diez a doce cuerpos alemanes, entre los de primera línea y los de reserva; en Francia y en Bélgica se encuentran unos dieciseis a veinte, desde los Vosgos al estrecho de Dover. Faltan, por consiguiente, sin contar la landsturm, unos quince cuerpos de ejército. Este cálculo es del todo independiente de las bajas que han sufrido los alemanes desde el principio de la guerra (aproximadamente unos 400.000 hombres) porque estas bajas han sido reemplazadas en todo o en parte, y, aunque así no fuera, no han conducido a disminuir el número de unidades, sino en todo caso, el efectivo de éstas. Que esos quince cuerpos no están tranquilamente en el interior de Alemania arma al brazo, no es necesario decirlo; pero si no permanecen entregados al servicio de guarnición, tampoco han intervenido en las últimas batallas. ¿Dónde están? La lógica dice que se les ha situado en lugares desde donde puedan acudir a los puntos amenazados, si las circunstancias lo hacen necesario, y que a la vez sean los más favorables para la empresa decisiva.

Si se examina la forma que tiene el frente de batalla en Francia, y la poca prisa que se dieron los alemanes en ocupar el resto del litoral belga y parte del francés, hasta Calais, antes de que Joffre pudiera extender el ala izquierda de sus tropas; si se recuerda que la prolongación de esta ala hacia el N., tropezó desde el primer día con la presencia de tropas alemanas apostadas en posiciones atrincheradas, y que la batalla no se entabló sino cuando el despliegue de los aliados hubo terminado y la extrema izquierda llegó al mar, habrá de deducirse que fueron éstos y no los alemanes los que tomaron la ofensiva, y, como consecuencia, que el invasor ocupó desde el primer momento la situación que le pareció mejor para el desarrollo de sus ulteriores planes. Si después se ha estado insistiendo un día y otro en los ataques de los alemanes, ha sido porque éstos no han dejado de practicar un solo momento el método tan excelente de la contra-ofensiva, y porque aun estando en general a la defensiva, se han lanzado al ataque siempre que las circunstancias se han mostrado propicias a un éxito parcial. Recuérdese la batalla del Aisne, y como la del N. ha tenido y tiene los mismos caracteres, la consecuencia habrá de ser la misma: los alemanes han ocupado la línea que han estimado preferible y de ella no han podido desalojarles los aliados, a pesar del grande interés que para Inglaterra tenía el éxito de sus tropas. Me creo, por consiguiente,

autorizado para decir que ni Calais, ni Dunquerque, ni Boulogne, han sido los objetivos de los alemanes en esta fase de la campaña; por si hubiera duda,



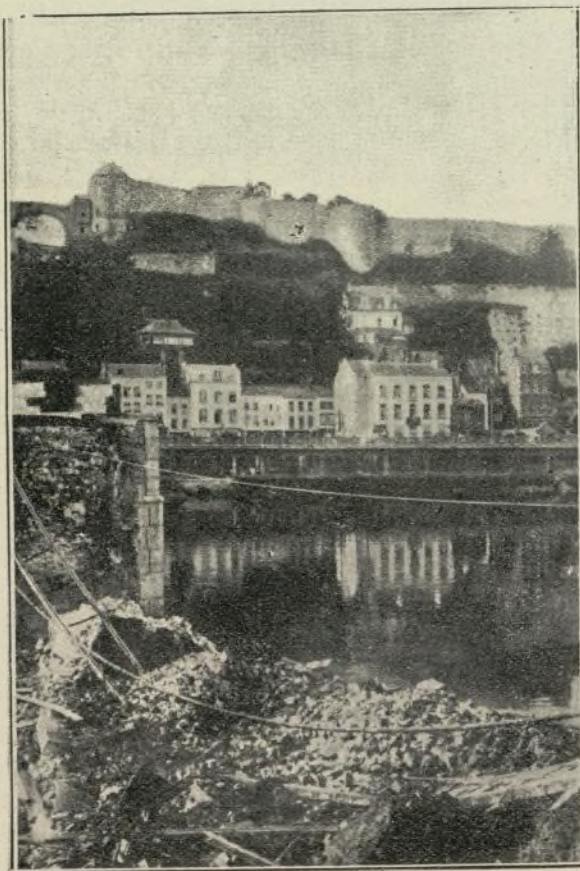
El general alemán von Kluck, comandante del ejército del O. en el teatro occidental

agregaré algunas consideraciones que estimo convincentes.

En primer lugar, ¿vale la pena, el acortar 50 o 60 kilómetros la travesía del estrecho—que a esto equivale la toma de Dunquerque y Calais—, de sacrificar millares de vidas humanas y distraer más fuerzas, apartándolas de otros objetivos? Para los submarinos y aviones, únicos que por ahora cruzarán el canal, poco significa un recorrido de 50 kilómetros más. Lo difícil era llegar al canal partiendo de las costas alemanas, pero con la conquista de Bélgica ha desaparecido el obstáculo.

La forma en retorno o ángulo recto de la línea alemana, tiene la ventaja inapreciable de permitir la situación central de una fuerte reserva, que descarte todo peligro de ruptura del centro o envolvimiento de una de las alas; facilita las comunicaciones, acortando las líneas de etapas; y se presta a ir dominando poco a poco, si no están inutilizados los cañones automóbiles de 30,5 centímetros y los morteros de 42, las plazas de la frontera del E., con poca efusión de sangre y sin grandes sacrificios. La característica del frente de batalla alemán es su gran seguridad, circunstancia que no se presentaría si la línea se extendiera hasta Calais, porque entonces se aproximaría más a la recta, las comunicaciones serían más difíciles y se impondría la subdivisión de las reservas, con perjuicio de la unidad de acción y aun de la maniobra. Esos objetivos de Calais, Dunquerque y Boulogne los han inventado los franceses y los ingleses, pero yo no acierto a ver la utilidad de los mismos para los alemanes en estos momentos. Para sus submarinos, torpederos y dirigibles, les bastan los puertos belgas; de la misma manera que se ha conseguido alejar a las unidades navales inglesas de las costas alemanas del mar del Norte, se las podrá alejar de la entrada N. del canal, y sólo cuando se haya limpiado esta parte acaso interese más o menos continuar las operaciones hacia el S. y seguir apoderándose de la costa francesa. A mi juicio, las ventajas de esta conquista no compensarían por ahora los inconvenientes y peligros que entrañaría.

Todo lo que tiene de favorable para los alemanes la forma y disposición de su frente de batalla en Francia, resulta peligroso para los aliados, que están siempre bajo la amenaza de una ruptura del centro y la destrucción de toda su ala izquierda, y se ven obligados a obrar según líneas de operaciones muy



Vista general de Namur y el puente sobre el Mosa



Sacerdote militar belga, saliendo de Amberes

apartadas entre sí y a situar por lo menos tres fuertes masas de reserva. Los alemanes disponen de las ventajas de la línea interior, aumentadas por las de la línea exterior, si se toma en cuenta el teatro de Lorena, mientras que todos los inconvenientes están del lado de los aliados.

De esta suerte, si la posición del Aisne parecía una situación provisional, no acontece lo mismo con su prolongación hasta Nieuport. El ejército alemán se ha debilitado, podrá acaso argüirse, aumentando su frente; a esto responderé que no se ha debilitado ménos el ejército aliado y que hasta ahora los alemanes han avanzado cuando les ha convenido y en los retrocesos se han detenido cuando han querido, sin que los esfuerzos del enemigo les hayan impulsado a perder un solo metro de terreno más (véase el relato oficial de la batalla del Aisne, por el mariscal inglés French, que se publicará en el cuaderno siguiente), por lo que la iniciativa ha estado constantemente de su parte. Recuérdese también la tranquilidad con que organizaban la administración en Bélgica y se preparaban al sitio de Amberes, en los momentos en que parecía llegar a su punto culminante la ofensiva de los aliados en la batalla del Aisne, y no podrá menos de convenirse que todo hace creer que los alemanes se preocupan poco de los ejércitos que se les oponen en Francia. Cuando se haya cerrado la puerta a la llegada de refuerzos asiáticos y americanos y aumente la brecha en la línea fortificada del E., ofrecerá ventajas para los alemanes derrotar a los aliados; antes, sólo conduciría a experimentar pérdidas, agotándose en batallas que ni decidirían la campaña de Francia—toda vez que Inglaterra seguiría mandando refuerzos—ni tendrían otro resultado práctico que aumentar la seguridad de la gran Bretaña. Por otra parte, la lectura de los periódicos alemanes deja la impresión de que se cree en aquel país que no tardarán los franceses en comprender cuán molesto y penoso es para ellos este método de guerra que les han impuesto los ingleses.

Admitiendo por un momento que la ofensiva de los aliados en la costa tuviera éxito, no aumentaría el peligro para sus enemigos, antes al contrario; mientras que se acentuaría la falsa y expuesta situación de aquellos entre los alemanes y el mar. Ahora es cuando se ve en todo su alcance el gran papel estratégico de la línea del Aisne—formidable amenaza contra los franco-ingleses—y la justificada importancia que le concedieron hace dos meses los alemanes.

Hubiera convenido mucho a los franceses, para prolongar indefinidamente la guerra, trasladar el teatro de operaciones a la región del O., según manifesté en otra crónica; ahora ya es tarde, porque como el ala derecha se halla en contacto con los alemanes, la concentración de todo el ejército en aquel extremo de Francia equivaldría a una derrota, y lo sería en efecto, puesto que el simple avance de los ejércitos alemanes de Lorena y Luxemburgo tendría toda la finalidad de un movimiento envolvente. Después de la retirada al Marne y al Sena, lo mejor que ha podido hacer el general Joffre es lo que está haciendo ahora; la equivocación consistió en no variar la línea de retirada después de las derrotas de fin de agosto. Entonces creyeron los ingleses que de

este modo desviaban la atención del enemigo de las costas belgas, pero posteriormente se han convenido de lo contrario.

Encuentro, en resolución, perfectamente explicable la situación militar planteada desde los Vosgos al mar del Norte; hay que esperar a que los alemanes comiencen su acción por el mar contra Inglaterra, y luego por el aire, así que los alzamientos de los musulmanes se hayan acentuado. De la misma manera, hay que esperar que los aliados, si se sienten con fuerzas bastantes, hagan todo lo posible para arrojar a su adversario al E. del litoral belga. Este litoral es el objetivo supremo para Alemania y para la Gran Bretaña. Todo lo demás tiene una importancia relativamente secundaria.

III. — ¿Es estable la situación en el teatro occidental?

¿Puede prolongarse mucho tiempo la actual situación militar en el teatro occidental? La utilidad que para los alemanes tenía la línea del Aisne no se ha puesto de manifiesto en todo su alcance hasta que se ha planteado el nuevo problema de la posesión de las costas de Bélgica; no es solamente una puerta de acceso en Francia aquella línea, sino más principalmente una amenaza contra las tropas enemigas que operan cerca del litoral; además, con una masa de fuerzas relativamente débil, los alemanes han conseguido retener en el N. E. contingentes enemigos tan fuertes, que si hubieran podido empeñarse en el N. O. habrían resuelto la batalla a favor de los aliados; para impedir que éstos sacasen fuerzas del Aisne, los alemanes pronunciaron vigorosos ataques en este sector cuando comenzó a desarrollarse la lucha en el Iser y la costa.

Pero el frente de batalla alemán, con todo, no es tan fuerte que pueda considerarse substraído a todo peligro, ni, por otra parte, debe creerse que Alemania se lanzará a un ataque contra Inglaterra sin haber antes derrotado fuertemente a los aliados en Francia. Si entablara la batalla decisiva en tierra mucho antes de iniciar la acción contra Inglaterra, y obtuviera la victoria, los ingleses se apresurarían a repatriar sus mejores tropas o, por lo menos, se dispondrían con tiempo a afrontar el peligro; mientras que si las dos maniobras se suceden con escaso intervalo, los ingleses se encontrarán en la imposibilidad de prepararse. Y como la acción contra Inglaterra ha de ir precedida por una sucesión, necesariamente lenta, de pequeños ataques, se concluye que por ahora no se avecinan acontecimientos decisivos. Estamos en el período de preparación, metódico, bien organizado, en el que debe preverse hasta el último detalle si no se quiere fracasar a los primeros pasos.

Entre tanto, los alemanes están reparando y mejorando las comunicaciones belgas de todas clases; transportan su artillería de sitio a la frontera del E. de Francia para irse apoderando poco a poco de aquellas plazas; y realizan trabajos titánicos para situar una escuadrilla de submarinos y barcos ligeros en los puertos belgas, y montar cobertizos y estaciones de dirigibles y aeroplanos. Hay que recordar la profunda destrucción de puentes, viaductos, estaciones y líneas férreas y ordinarias llevada a cabo por

los belgas y los aliados al evacuar Bélgica y el N. E. de Francia, para formarse una pálida idea de la abrumadora labor, silenciosa e invisible a distancia, que ejecutan los alemanes a retaguardia de su línea de batalla. Una acción contra Inglaterra es empresa colosal, en la que Napoleón fracasó, aunque no por la dificultad del plan en sí, sino porque estalló la guerra en las opuestas fronteras; y por mucho que se la estudie y prepare, siempre será poco para asegurar su éxito.

Antes ha de barrear a los ingleses el estrecho de Dover, han de cerrarse las rutas marítimas que por el Atlántico conducen a Irlanda y a las costas occidentales de Inglaterra y Escocia, y ha de acentuarse el golpe que se dibuja contra Rusia y contra las grandes posesiones británicas.

De suerte que esta guerra no va a ser una sucesión de hechos brillantes y de batallas casi conti-

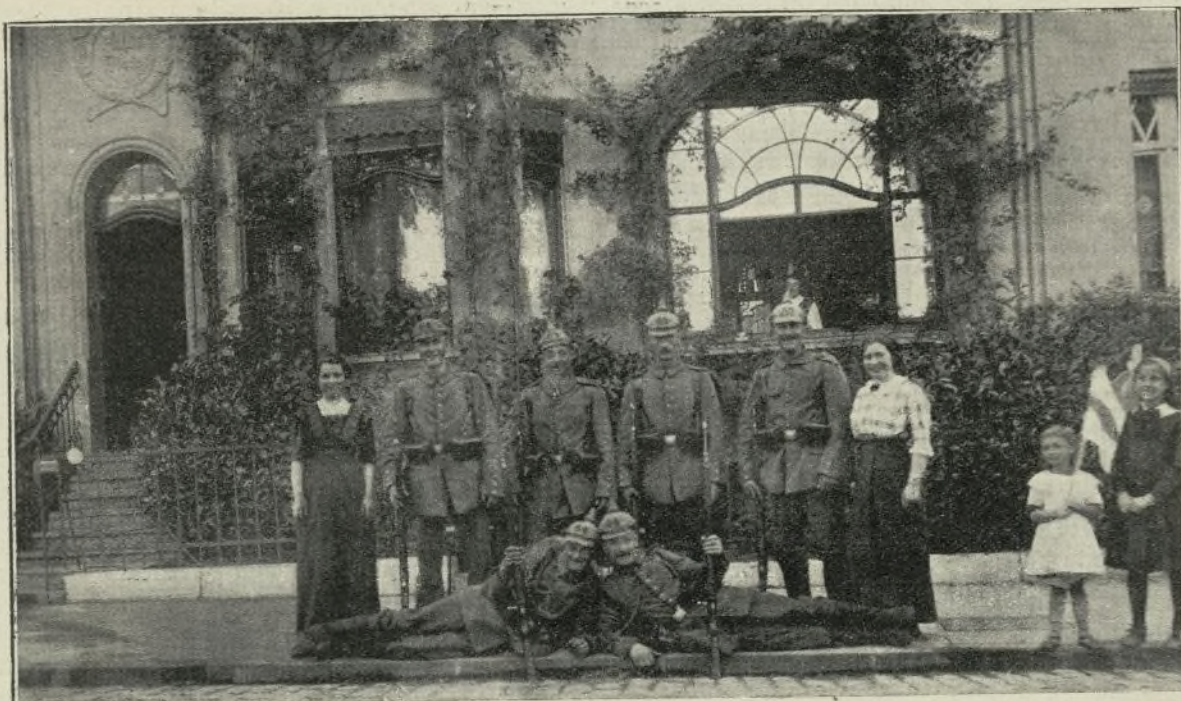
que nunca ha querido preocuparse seriamente de sus fuerzas de tierra.

IV. — Operaciones navales

A consecuencia del choque con un torpedo fondeado, se ha ido a pique en el mar del Norte, cerca de Wilhelmshafen, el crucero acorazado alemán *Yorck*. Fué construido en 1905, tenía 9.500 toneladas y montaba 4 cañones de 21 centímetros, 10 de 15, 12 de 8,8 y 4 tubos sumergidos. Es la pérdida más grave que hasta ahora ha sufrido la flota alemana.

Un submarino británico de 300 toneladas se hundió en el estrecho de Dover, por haberle alcanzado un torpedo lanzando por un submarino alemán.

El combate naval más importante refido en la presente guerra tuvo lugar el día 3 en las costas de Chile, a la altura de Valparaíso. La escuadra alema-



Reservistas alemanes alojados en casa del Dr. Vogel (Aquisgrán)

nias que en pocos días despejen la situación; ya se llegará a esa fase, no hay que ponerlo en duda, pero después de una preparación sistemática y metódica que comenzó a primeros de septiembre.

La aparición de una resuelta ofensiva alemana en Francia será la señal de que los preliminares del duelo con Inglaterra están próximos a terminar. Este período, aunque no esté caracterizado por grandes batallas, ha de ser interesantísimo, acaso más que la fase resolutive, porque en esta guerra, como en todas, se cosechan los frutos de las labores anteriores; lo que se improvisa o descuida para el último momento, no llega a madurar y resulta estéril. Los alemanes conocen de antiguo esta gran verdad, y el método y el orden, sin prisas, que han puesto en la ocupación y organización de Bélgica, enseña que están resueltos a perseverar hasta el fin en la misma conducta, por críticas que parezcan las circunstancias a quien no conoce el fondo de las cosas. Esa marcha lenta, pero firme, de Alemania, contrasta con la febril actividad que reina en la Gran Bretaña,

na se componía de los cruceros acorazados *Schanhorst* y *Gneisenau* y los protegidos de 2.ª clase *Leipzig* y *Dresden*; y la británica, de los cruceros acorazados *Monmouth* y *Good Hope*, el protegido *Glasgow* y el auxiliar *Otranto*. El *Monmouth* se fué a pique, el *Good Hope* se retiró con graves averías y se hundió el siguiente día, y los otros dos, aunque con desperfectos, pudieron escapar. El crucero alemán *Gneisenau*, sufrió también algunas averías. En conjunto, la escuadra británica era algo más fuerte, lo mismo en potencia (artillería) que resistencia (corazas).

He aquí las características de los siete barcos de guerra: *Schanhorst*, construido en 1906, 11.500 toneladas, 8 cañones de 21 centímetros y 6 de 15; *Gneisenau*, igual al anterior; *Leipzig*, construido en 1904, 3.250 toneladas, 10 cañones de 10; *Dresden*, 1905, 3.800 toneladas, 10 cañones de 10. *Monmouth*, construido en 1902, 9.800 toneladas, 14 cañones de 15; *Good Hope*, 1903, 14.100 toneladas, 2 cañones de 23,4 y 16 de 15; *Glasgow*, 1908, 4.800 toneladas, 6 de 15. Escuadra alemana, 30.050 toneladas, 16 cañones de

21 y 12 de 15. Escuadra británica, 28.700 toneladas, 2 cañones de 23,4 y 36 de 15.

Por las escasas noticias hasta ahora recibidas, se sabe que el almirante alemán tuvo conocimiento de que los barcos ingleses se hallaban carboneando en un punto de la costa chilena, y se propuso caer sobre ellos sin darles tiempo de abastecerse de combustible. A la vista de los cruceros alemanes, el *Monmouth* se adelantó y rompió el fuego, pero aquellos maniobraron contra los otros tres barcos británicos, amenazando con cerrarles el paso, por lo que el *Good Hope*, a su vez, entró en combate, al tiempo que los otros dos cruceros ponían la proa al mar colocándose a retaguardia de los acorazados. Los barcos alemanes, que habían ya castigado seriamente al *Monmouth* concentrando su tiro sobre él, se interpusieron entre la costa y los ingleses y trataron de rodear al *Good Hope*. Cincuenta minutos de fuego bastaron para inutilizar al *Monmouth* y poner fuera de combate al *Good Hope*, escapando los otros dos a toda máquina. Sorprende que no se encontrara en el lugar de la acción el acorazado inglés de línea *Canopus*, cuya presencia indudablemente habría dado otro cariz al encuentro. Se comprende que los alemanes estaban mejor informados que sus enemigos, y cayeron sobre éstos aprovechando el error del almirante inglés de no mantener sus fuerzas reunidas. En la fecha en que escribo se ignora el paradero del acorazado *Canopus*, que puede dar un serio disgusto a la escuadra alemana, mucho más débil.

Una división de la escuadra alemana ha cañoneado el día 4 las costas orientales de Inglaterra, cerca de Falmouth, causando averías al crucero británico *Albion* y echando a pique al submarino de la misma nacionalidad D 5, únicos que patrullaban en aquellos parajes. Componían la división alemana dos acorazados y cuatro cruceros. La osadía de este ataque, que no fué advertida a tiempo por los ingleses, ha causado sensación en la gran Bretaña.

V.—La situación el 8 de noviembre

En el teatro occidental continúa la lucha en todo el frente, desde Belfort a Nieuport, con ligeras alternativas de avance y retroceso, que no modifican sensiblemente la situación. Si no son los aliados quienes pretenden dar un golpe decisivo, la lucha seguirá todavía algún tiempo sin variación, porque la actividad de los alemanes se desenvuelve en el interior de Bélgica y comienza a vislumbrarse en la frontera del N. E. de Francia.

En el teatro oriental, los alemanes han declarado oficialmente su repliegue desde el Vístula hacia el O. La posición general de sus tropas en la Polonia rusa es la línea del Wartha. En las fronteras de la Prusia Oriental prosiguen los combates indecisos entre los dos beligerantes, que, al parecer, tienen fuerzas relativamente débiles en aquel sector. En la Galizia nada saliente ha ocurrido; ni los rusos han podido ser desalojados todavía de la línea que ocupan hace veinte días, ni tampoco han logrado derrotar a los austriacos.

Dejo para cuando termine la campaña de Rusia —y creo que no tardará mucho en resolverse— ocuparme detenidamente en ella. Adelantaré, sin embargo, que no pudiendo los alemanes, pese a la rapidez de su avance, llegar a Varsovia antes que el grueso enemigo, se retiraron desde luego, persiguiendo un objetivo cuyo logro depende de la pericia que despliegue el alto mando ruso. No evacuaron la Polonia derrotados ni huyeron ante los rusos; los mismos despachos oficiales de Petrogrado enseñan que en la Polonia se ha repetido el caso del Marne: han avanzado los rusos porque los alemanes retrocedían, y no se retiraban éstos porque aquéllos atacaron. Sólo que, en honor a la verdad sea dicho, los rusos no han ponderado tanto esa victoria (?) como los franceses la del Marne. Insisto en que la campaña no ha terminado y que lo sucedido no ha constituido más que su fase preliminar.

Más obscuras y confusas son las noticias de las operaciones en Galizia. Rusos y austriacos se atribuyen la victoria y publican el número de prisioneros y trofeos conquistados al enemigo. Lo más probable es que la situación esté en un período de indecisión o pausa.

He de insistir en que los sucesos más interesantes no tienen ahora lugar en los frentes de batalla, sino a retaguardia. Alemania lleva a cabo grandes preparativos hace tres semanas, que seguramente se enderezan contra su enemigo más formidable. Ha comenzado más pronto de lo que se creía a iniciarse la acción contra Inglaterra, toda vez que el ataque a Falmouth da a comprender que ya la escuadra alemana se apresta a adquirir práctica en las maniobras que pronto han de ocupar toda su actividad.

La intervención de Turquía en la guerra es un acontecimiento de extraordinaria importancia, porque obligará a Rusia a defender las costas del mar Negro y mover un ejército en el Cáucaso y a la Gran Bretaña a situar fuerzas importantes en Egipto, labor comenzada hace quince días. En la próxima crónica me ocuparé en ese nuevo factor, indicando los recursos militares de Turquía y sus objetivos probables; haré un resumen de la batalla del Aisne y comenzaré a tratar de la campaña en Rusia, concediéndole toda la atención que merece. Si otros sucesos no me lo impiden, daré a conocer el profundo cambio que la intervención de la Gran Bretaña en la guerra impuso en los planes del gran cuartel general alemán, variación en la que nadie se ha ocupado hasta ahora y que es sumamente interesante.

JUAN AVILÉS

Teniente Coronel de Ingenieros.

8 de noviembre de 1914.

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

Estamos preparando un magnífico mapa, que en breve repartiremos a nuestros lectores, del nuevo teatro de la guerra en Asia, comprendiendo el Cáucaso, parte de Persia, toda la Turquía Asiática, el mar Negro y las fronteras anglo-egipcias.